



Autobiografía y exilio. *Memoria de la melancolía*, de María Teresa León
Autobiography and exile. *Memoria de la melancolía*, by María Teresa León

Josefa Estefanía Huete Medina¹

Resumen

Este trabajo se centra en el estudio de la figura de María Teresa León, mujer comprometida que, tras varios años olvidada a la sombra de su esposo, Rafael Alberti, recientemente está tomando fuerza como figura clave de la “Generación del 27”. Asimismo, se pretende ponderar la actitud feminista de la autora y la plasmación en su obra de las inquietudes que tenía desde niña. A modo de contextualización, se aborda en estas páginas una introducción a la citada “Generación del 27” femenina con el ánimo de hacer entender mejor el contexto en el que nace. Se hará, a su vez, un recorrido biográfico que permitirá comprender su faceta más personal y literaria y poder, así, valorar con especial atención *Memoria de la melancolía*, una obra escrita durante el exilio en la que volcará sus recuerdos. María Teresa León servirá de ejemplo para entender el género memorialístico y biográfico que marcó una época clave de la Historia y de la Literatura española.

Palabras clave: María Teresa León, Generación del 27, narrativa del exilio, autobiografía

¹Spanish Language Section, Department of Western Language, Faculty of Humanities, Ramkhamhaeng University.
Sección de Lengua Española, Departamento de Lenguas Occidentales, Facultad de Humanidades,
Universidad de Ramkhamhaeng.

E-mail: huete.medina91@gmail.com

*Manuscript received June 2, 2020; revised August 24, 2020, and accepted August 31, 2020



Abstract

This paper aims to remark María Teresa León, a committed woman who, after many years forgotten behind her husband, Rafael Alberti, has recently gained strength as a key in the “Generación del 27”. Likewise, it is intended to weigh the feminist attitude of the author and the expression in her work of the concerns she had since she was a child. For this reason, an introduction to the aforementioned “Generación del 27” is addressed in these pages in order to understand better the context in which she is born. At the same time, a biographical journey will be carried out that will allow us to understand her most personal and literary facet and thus be able to assess with special attention *Memoria de la melancolía*, a work written during exile in which she will dump her memories. María Teresa León will serve as an example to understand the memorial and biographical genre that marked a key era in Spanish History and Literature.

Keywords: María Teresa León, Generation of '27, exile narrative, autobiography



INTRODUCCIÓN

María Teresa León es una de las grandes representantes de la “Generación del 27” femenina. Este interesantísimo grupo de mujeres brilló con luz propia en el panorama cultural de los años veinte y treinta, y buena parte de los años del exilio; pero no ocurre así en el siglo XXI, muchas de ellas enviadas al cajón del olvido a pesar de que, por ejemplo, nuestra autora tenga “una de las prosas más hermosas y cuidadas de su generación” (Torres Nebrera, 1996, p. 13).

De María Teresa León hay mucho escrito por su relación con Rafael Alberti. De todo ello, el presente trabajo se ha basado en las siguientes fuentes principales: la propia María Teresa y su obra *Memoria de la melancolía* (1970); Gregorio Torres Nebrera y sus estudios *La obra literaria de María Teresa León (autobiografía, biografías y novelas)* (1987) y *Los espacios de la memoria* (1996); y María José Castillo Robles (2013), quien en su tesis doctoral, *La producción crítica y ensayística de María Teresa León*, hace un exhaustivo y actualizado análisis de la obra de la autora. Además, cobra gran valor la recopilación de Gonzalo Santonja (2003) con el título *Homenaje a María Teresa León*, en la que se conmemora el centenario de su nacimiento.

El objetivo principal de este estudio es rescatar la figura de María Teresa León y reivindicar que, en un futuro no muy lejano, los estudiantes sepan entender y valorar la “Generación del 27” como un grupo donde también hubo mujeres con una gran calidad literaria. He querido presentar los rasgos de una figura para la que, en justicia, no debe haber el olvido y que la Historia no quede incompleta. Hay una pretensión, además, que desborda el caso de María Teresa León: la de conseguir proyectar este interés hacia otras mujeres que, o bien han desaparecido prácticamente de los panoramas culturales de la época, o bien tienen acogida en ellos no tanto por ellas mismas, sino por “mujeres de”, como Concha Méndez y Manuel Altolaguirre o Ernestina de Champourcín y Juan José Domenchina y nuestra protagonista y Alberti.



En el caso de María Teresa León, además, nos encontramos con una escritora muy polifacética a la que se pretende abordar a través de una sola de sus obras. Abordó todos los géneros y en todos ellos mantiene, como denominador común, la mezcla de nostalgia y de compromiso. Escribió novelas, artículos en periódicos, obras dramáticas, cuentos, guiones para el cine y para la radio y biografías. De *Memoria de la melancolía*, la obra en que nos centraremos aquí, interesa especialmente destacar que es el testimonio autobiográfico de una mujer intelectual en el exilio, que nos permite entender la necesidad que la llevó a poner por escrito todos sus sueños frustrados, la tristeza que le provocaba estar lejos de su familia, sus amigos, su hogar y su patria.

APROXIMACIÓN A LA “GENERACIÓN DEL 27” FEMENINA

Que la Literatura es un campo de hombres en todo el siglo XX parece algo indiscutible; y ello a pesar de que, desde mediados del siglo XIX, ya hay muchas mujeres escritoras. Por ello, resulta llamativo que, en la cultura popular y fuera del círculo más académico, no quede apenas rastro de la “Generación del 27” femenina. Este *grupo* surgió por la amistad que se profesaban unos a otros en un ambiente de experimentación artística y de búsqueda de un arte puro. Manifestaron su admiración por Juan Ramón Jiménez —del que después disentarían muchos— mostrando intereses literarios y estéticos afines. Llamada tradicionalmente “Generación del 27”, se podría decir que no son en rigor una generación como tal, sino más bien un “grupo” al que le adjudicaron su nombre por el homenaje en el tricentenario de la muerte de Luis de Góngora, realizado en el Ateneo de Sevilla en 1927, en quien vieron los jóvenes poetas un ejemplo temprano de “el arte por el arte”.

Si atendemos a la lista de autores de este grupo realizada por Gerardo Diego, pronto salta a la vista que no hay apenas mujeres, a pesar de que los actos culturales, talleres, veladas y un largo etcétera de actividades eran compartidos por ambos sexos, si bien es cierto que en una



proporción muy dispar. Las mujeres ya no se limitaban a la vida familiar, sino que accedieron, poco a poco, a estudios superiores y a la Residencia de Señoritas en Madrid, si se daba el caso. Esta nueva figura surgió anteriormente, cuando hubo numerosas mujeres que se rebelaron contra los cánones establecidos; en España, y ciñéndonos al siglo XIX, son relevantes casos como el de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Emilia Pardo Bazán y otras que destacarían por el empeño de sus compañeros de vida, como es el caso de Rosalía de Castro.

Rosa Chacel, Ernestina de Champourcín, Margarita Gil Röesset, María Teresa León, Maruja Mallo, Concha Méndez, Ángeles Santos y María Zambrano, conocidas como “las *Sinsombrero*”, algo más relacionado con la liberación de la mujer, son un ejemplo de modernidad, de espíritu rompedor que identificaba a la nueva mujer, que había surgido con su incorporación al trabajo, a la vida pública, a la política... No querían vivir solo en su hogar como amas de casa, querían ser algo más a partir de la I Guerra Mundial, cuando tuvieron que trabajar para sobrevivir. Además, estas mujeres son referente de este período de la historia de España y, junto a los varones, compartieron un rasgo común, aunque con trayectorias diferentes: la voluntad de integrar vanguardia y tradición. Ellas y ellos fueron protagonistas de los movimientos de vanguardia europeos, aunque admirando también la tradición y el folclore; sus experimentaciones con el verso libre y la metáfora, tendencias de esta vanguardia, no les impidieron escribir romances, coplas y versos de arte menor según las pautas del neopopularismo.



MARÍA TERESA LEÓN: VIDA Y COMPROMISO

María Teresa León nació el 31 de octubre de 1903 en Logroño, en el seno de una familia burguesa acomodada. Creció rodeada de aristócratas e intelectuales que le inculcaron los nuevos valores. También fueron muy importantes en su vida sus tíos, Ramón Menéndez Pidal y María Goyri, y su prima, Jimena, ya que su infancia estuvo marcada por una educación igualitaria, lo que determinaría su forma de ser y su deseo de aprender, sobre todo desde que conoció la Institución Libre de Enseñanza.

“[Jimena] [a]lgo mayor que yo, saliendo sola, yendo sin acompañante al colegio, que no se llamaba colegio sino Institución Libre, colegio laico sin monjas reticentes que dan la señal de levantarse o sentarse todas al unísono, con dos trocitos de madera golpeados. [...] En aquella casa aprendí los primeros romances españoles. A veces sacábamos un viejo gramófono de cilindro. Allí escuchábamos las canciones recogidas por María Goyri y Ramón Menéndez Pidal, durante su viaje de novios, siguiendo la ruta del Cid hacia su destierro. Por primera vez oí la voz del pueblo.” (León, 1999, pp. 150-151)

El relato de su vida antes de la guerra puede comenzar con la enumeración de estas tres ciudades: Madrid, Barcelona y Burgos. La primera porque fue la de su infancia, conviviendo con sus tíos y prima y asistiendo a la Institución Libre de Enseñanza. Allí creció el espíritu libre inculcado por sus padres y sus tíos, aunque ella siempre viera en la tradición algo esencial para la vida: libertad y apertura compatibles con el respeto a las tradiciones.

La siguiente etapa de su vida transcurrió en Barcelona. En esta ciudad conoció el amor por primera vez, se casó en 1920 y tuvo su primer hijo, Gonzalo, con 17 años, en 1921. Incluso a ella se le hacía raro volver a casa y que su bebé la esperase. Fue en Barcelona, asimismo, donde sus convicciones se hicieron fuertes. María Teresa quería ser independiente, no vivir económicamente sujeta a su marido, y trabajar. Fue la muerte repentina de su padre lo que supuso un empujón en



esa dirección. Empezó a dar algunas conferencias y charlas feministas que le sirvieron para perder el miedo a hablar en público, deteriorándose la relación con su marido por ello. Fruto de una reconciliación tuvo su segundo hijo en 1925, ya en Burgos (la tercera ciudad protagonista de su historia), donde comenzó a despegar. Ya había formado su propia visión sobre cualquier tema: mujeres y hombres, vida, muerte, política, desigualdad, educación y sintiéndose una mujer formada, aportó un punto de vista femenino al *Diario de Burgos*.

A Rafael Alberti lo conoció en casa de una amiga suya, en uno de esos momentos en los que se acostumbraba a realizar veladas literarias, discutir sobre muchos temas y divertirse. La relación que enseguida entablaron —ambos ya conocidos públicamente— fue un escándalo para la moral de la época, sobre todo con sus escapadas a París, Mallorca o Ibiza. Junto a Alberti, durante la II República su vida adquirió un fuerte compromiso con las ideas que hasta ese momento había defendido. Se casaron en octubre de 1933 y ambos fundaron la revista *Octubre*, desde la que promocionaron diferentes actividades relacionadas con una nueva faceta que cultivó María Teresa: el teatro.

María Teresa León formó parte de la resistencia en Madrid junto a Alberti y aunque les ofrecieron asilo, como el diplomático chileno Carlos Morla, lo rechazaron. En ese momento todavía tenían esperanza de que el bando republicano venciera. Sin embargo, en febrero de 1939, cuando el final se veía cerca, el matrimonio se trasladó a Elda y, desde allí, tomaron una avioneta con destino a Orán: “¡qué poca tierra nos quedaba y cuántos continentes íbamos a tener que caminar los españoles leales! Eran los últimos latidos del corazón de España” (León, en Torres Nebrera, 1996, p. 46). Lo último que la pareja vio de España fue en Alicante, la sierra de Aitana, lo que les movería a poner este nombre a su futura hija. Para María Teresa y Rafael la guerra significó el episodio central de sus vidas:



“Todo aquello dentro de mí, quieto, inmóvil, grabado viejo de valor y majeza, había sido nuestra angustia. Y nuestra victoria. Una victoria sobre nosotros mismos, sobre nuestro miedo, nuestra angustia diaria. Los días más luminosos de la vida fueron aquellos tres años de ojos brillantes, cuando la palabra camarada sustituyó al señor y la vida generosamente dada sustituyó a la mezquina.” (León, 1999, p. 96)

Después de una breve estancia en Argelia llegaron a París, donde fueron recibidos por diversas personalidades, como Picasso o Neruda, pero al final tuvieron que huir de Francia por miedo a ser perseguidos y deportados a la España de Franco. Por ello, en febrero de 1940, zarparon desde Marsella a Buenos Aires. Pronto se adaptaron a la vida en su nueva ciudad junto a intelectuales españoles exiliados allí. También fue allí donde hicieron amistad con Gonzalo Losada, editor español. Este editor fue quien les publicó sus obras, ayudándolos económicamente. A pesar de todo, poco después de su llegada, en 1941, nació Aitana, “con nombre de sierra alicantina” (León, 1999, p. 14). María Teresa nunca paró, fue ella la cabeza de familia, con sus numerosas publicaciones durante estos años. Asimismo, también fueron muy interesantes económicamente para la familia las conferencias, artículos en revistas, charlas, guiones cinematográficos y traducciones, además de su trabajo en radio y televisión: una actividad sin fin, plagada de viajes al extranjero, tanto por América como por Europa. Pero esta no sería la última etapa de su exilio. El matrimonio, veintitrés años después de llegar a Argentina, tuvo que exiliarse por segunda vez por motivos políticos.

Su siguiente destino fue Roma, donde llegaron el 28 de mayo de 1963. Allí permanecieron catorce años, pero María Teresa nunca llegó a olvidar Buenos Aires: “sí, quiero a Buenos Aires. Esta es una declaración de amor, no sé si correspondido pero por mi parte sí que lo es” (León, 1999, p. 541). Ya eran una pareja madura y habían pasado muchos años desde que partieron, por ello, sus esperanzas de regresar eran cada vez menores:



“Ante mis ojos los techos de Roma. No sé si debo tenderme en estas tierras. Debe ser incómodo que nuestros pobres huesos sientan tantas civilizaciones, pinchándoles. Prefiero que me dejen tenderme en la pobreza de Castilla, sobre el poco humus de aquellos campos oscuros donde apenas nace el trigo.” (León, 1999, p. 93)

Fue en estos años romanos, entre 1966 y 1968, cuando María Teresa emprendió la escritura de *Memoria de la melancolía*, que finalmente sería publicada originalmente en 1970. Su enfermedad de Alzheimer fue haciéndose patente, aunque al principio se trataba de simples olvidos.

ESCRITURA AUTOBIOGRÁFICA EN EL EXILIO: *MEMORIA DE LA MELANCOLÍA*

1. Introducción a la obra

Memoria de la melancolía (1970) fue publicada por la editorial de Gonzalo Losada, su amigo de Buenos Aires. El libro pertenece al género autobiográfico, en el que destaca el entrelazado de ideas. María Teresa León no sigue un hilo temporal, sino que, a través de diferentes pasajes, relata sus recuerdos, como si surgieran de la nada, como si un pensamiento de su presente le llevase a recordar parte de su pasado. Por ello, aunque la obra comienza con una niña, llama la atención cómo entrelaza esta edad con las demás. Ella relata su vida desde su presente, en el momento en el que escribió la obra, lo que la lleva a hablar de cómo ha llegado a esa situación y, así, cómo desde su niñez fue creándose a sí misma. En este sentido, y aunque no es lo que específicamente se propone ni se trata en una novela convencional, estamos ante una especie de *Bildungsroman* u obra de autoformación (Bonatto, 2018, p. 199).

El género memorialístico, relativamente extraño en esa época entre las mujeres, permite la exposición de María Teresa León al público a través de la fluencia —natural, desordenada y entrecruzada— de sus recuerdos. Este tipo de género, dentro de la verosimilitud que aparenta, siempre muestra la información de manera sesgada. Por esta razón, a pesar de haber sido catalogada como “novela historiográfica”, siempre queda la duda de si realmente la autora contó todo lo que



pasó o tan solo expuso lo que ella deseaba. María Teresa da en esta obra su visión de la Guerra Civil desde la izquierda republicana y desde la Alianza de Intelectuales Antifascistas a la que pertenecía junto a Rafael Alberti.

Según Torres Nebrera, *Memoria de la melancolía* “no [es] solo un libro de memorias, sino también y sobre todo un libro de testimonios, no solo una crónica de sí, sino también un memorándum de lo que fue un pueblo en éxodo para los que aguardaban en la tierra en la que se censuraba la memoria” (en León, 1999, p. 46). Además, se enmarca en el interesante capítulo de la rica y abundante literatura autobiográfica del 27 (en León, 1999, p. 46 y ss.), ya que muchos de sus componentes elaboraron sus memorias en un *boom* de este género, tomándose como ejemplo *Vida en claro* (1944) de Moreno Villa, modelo de casi todas las demás por lo temprano de su aparición.

Como se ha indicado, la obra no sigue una ordenación temporal sucesiva y lineal. Por el contrario, el orden cronológico de los acontecimientos es aleatorio, según los estímulos de la memoria, aunque es cierto que la niña tiene un papel importante al comienzo del libro. Muy pronto cambia María Teresa el tono de su discurso para plasmar lo que realmente quiere: “la recuperación de lo que verdaderamente se siente perdido, la Patria antes que la historia personal” (en León, 1999, p. 49). Asimismo, aparece el “procedimiento proustiano de la asociación de ideas como esquema organizativo de los recuerdos” (en León, 1999, p. 50) y, en otras ocasiones, es el *flash-back* el recurso que utiliza para entrelazar los diferentes momentos siguiendo la historia de una foto o la mención de un nombre. Aurora de Albornoz, hablando sobre *Memoria de la melancolía* y María Teresa León, dice que “la voz lírica está presente, pero sin duda, la narración —con frecuencia unida a la reflexión—, la voz narrativa, es la dominante” (en León, 1999, pp. 58-59).



2. *Memoria de la melancolía* y María Teresa León: autobiografía

La escritura memorialística, en un mundo de hombres, siempre ha sido un campo de trabajo en el que las mujeres tenían poco o ningún papel. María Teresa León, siempre alternativa, es un claro ejemplo de cómo este género literario toma fuerza entre las autoras españolas, y más aún en las exiliadas, que recurren a él para rescatar algunas estampas existenciales enterradas por la historia. Para las escritoras en el exilio, la escritura autobiográfica significó “romper el silencio para dar testimonio de la realidad” (Inestrillas, 2002, p. 2), ya que vieron necesario hacer pública su vida —por su condición de exiliadas y mujeres— y ser el ejemplo de los ideales perdidos, de las atrocidades de la guerra y, sobre todo, de lo que significaba vivir lejos de su patria. Esta idea provocó que numerosas autoras irrumpieran de lleno en un género masculino que suponía para ellas una exposición pública que rompía lo dictado por la convención masculina. Si bien es cierto que, durante los años de la República, cambió mucho la situación de las mujeres —podían participar en las urnas, en la política, en conferencias, charlas, exposiciones, casarse y divorciarse y administrar sus bienes—, la sociedad del interior, a la que explícita o tácitamente se dirigían, había sufrido una regresión. Frente a ese ostracismo, la escritura autobiográfica les ofrecía “la posibilidad de transformar el espacio privado en público, [...] [donde] estas escritoras encuentran el modo de [...] poseer la voz y el poder necesarios para acreditar su propia narración” (Inestrillas, 2002, p. 2). El género autobiográfico y memorialístico se mostró como el más adecuado para este feminismo en el que María Teresa podía sacar a la luz sus vivencias personales.

Las obras femeninas autobiográficas escritas durante la Guerra Civil son numerosas, pero sobre todo durante el exilio en un “esfuerzo por plasmar la visión personal de la tragedia sufrida por ellas mismas y por el resto de los españoles durante este periodo histórico” (Inestrillas, 2002, p. 6). Ellas dieron su sello a un periodo de la historia de España y, a pesar de haber sido casi olvidadas por la Literatura “oficial”, sus obras quedarán ahí para ser leídas y disfrutadas:



“Pero otras veces nos defendemos bien y no somos capaces de sentir diariamente el vaho de nuestro propio delito de olvido. Olvidamos si hace frío que hay gente que se hiela. Olvidamos que el hombre que nos cruza necesitaría una buena palabra. Olvidamos bajo nuestro techo que hay otros techos que se llueven. Y que hay pobres, tristes, descorazonados porque no entendieron ni atendieron lo que la vida les pedía.” (León, 1999, p. 162)

Por su parte, otro de los recursos que utiliza María Teresa León para suscitar interés es su narración, en la que se aprecian dos cronotopos. Un cronotopo literario es donde “[t]iene lugar la unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto” (Bajtin, 1989, p. 234), de manera que el tiempo se comprime y visibiliza y el espacio se torna parte del relato, cruzándose tiempo y espacio: “la intersección de las series y uniones de estos elementos constituye la característica del cronotopo” (Bajtin, 1989, p. 237). En el caso de María Teresa León, todas sus vivencias aparecen comprimidas, con los mencionados saltos en el tiempo, interrelacionando ambos cronotopos, a saber, los acontecimientos anteriores al 39 y los primeros años del exilio (su pasado) y los correspondientes al momento en el que escribe durante su exilio en Roma (su presente):

“Ahora atravieso todos los días en Roma una puerta almenada, luego saludo a Pietro, a Ferruccio, los dueños del bar y, antes de tomar la cuesta de Vía Garibaldi, vuelvo los ojos hacia una casita pequeña, intocable donde está hoy el restorán Rómolo. Retrocedo muy lejos hasta Madrid, un Madrid grande para mis ojos pequeñitos y voy hacia la calle Princesa por donde pasaba un tranvía que nos llevaba a los chicos a patinar a Parisiana.” (León, 1999, p. 81)

A lo largo de toda la obra se hace patente esta interrelación, a lo que ayuda la inexistencia de marcaciones de párrafo ni ninguna otra “separación” indicadora de los cambios espacio-temporales; solo el sentido de las palabras nos permite ir desplazándonos por las líneas del tiempo y del espacio. La autora nombra, una y otra vez, lugares y personas que son los que van guiando



al lector sobre el momento en el que se encuentra la narración, en una retroalimentación constante entre lo personal y lo histórico, al ir refiriendo sus “episodios biográficos en estrecha relación con la vida pública de España durante los dos primeros tercios del siglo XX y, sobre todo, la posterior etapa en el exilio” (Inestrillas, 2002, p. 88). Estos cruces y mezcolanzas —entre pasado y presente; entre lo íntimo y lo exterior— no le impiden señalar con claridad el punto de inflexión, el momento en el que todo cambió y se fueron por el sumidero las expectativas de los años felices de su infancia y de la II República. Es reiterativo para María Teresa ese momento, para ella un trauma, lo mismo que para el resto de exiliados políticos: la guerra.

Memoria de la melancolía es el resultado de una lucha interna de María Teresa por hacer valer los ideales republicanos de izquierdas desde el exilio. Por ello, todos los recuerdos que volcó en su narración marcan su desesperación ante este hecho:

“Años y años sin hacerlo. Años y años sintiéndose expulsada, rechazada, herida por los aleros y los balcones y los filos de las puertas y las calles asfaltadas nunca tuyas y todo siempre huyéndola... Se le había caído el alma, la había perdido, la encontró diseminada y rota. [...] Luego, sintió que la expulsaban de la sociedad como un objeto maligno debajo de la piel de los muy bien sentados. [...] Una patria, Señor, una patria pequeña como un patio o como una grieta en un muro muy sólido. Una patria para reemplazar a la que me arrancaron del alma de un solo tirón.” (León, 1999, pp. 80-81)

Hay toda una vorágine de sentimientos que María Teresa expresa en sus hojas: pánico, miedo, incertidumbre, incluso a veces alegría. Entre ellos, destaca cómo, a sus sesenta años y mucho tiempo después de haber ocurrido todo lo que cuenta, es capaz de detallar cada día, cada hora, cada edificio en ruinas que vio, carreteras que recorrió o el miedo que sintió cuando comprendió que estaban en guerra. Desde la derrota de la República, la versión que prevaleció fue la del bando ganador. Por ello, los intelectuales de izquierda, expatriados ya en sus nuevas



residencias, vieron necesario plasmar sus recuerdos, en los que se contrasta la situación durante la guerra con el periodo de *su presente*. Para ella, el franquismo representa un estancamiento frente al dinamismo de los años de la República y la guerra. Esto se ve en su escritura: mientras la rapidez predomina en los detalles sobre su infancia, cuando el relato se acelera en pocas líneas para dar curso a numerosos acontecimientos, en el presente todo es más pausado, un reflejo del inmovilismo de los interminables años en los que Franco robó el poder. Los cronotopos mencionados se entremezclan y marcan esa diferencia creada por la situación política durante la dictadura.

Memoria de la melancolía es, asimismo, el ideario de un colectivo que surgió a raíz de la guerra. María Teresa ya no era de la “Generación del 27”, sino de la de los exiliados. Este nuevo ideario, basado en la añoranza de una patria que hace necesario un nuevo tipo de discurso, es el ideario contra el olvido. Quizá era la propia autora la que necesitaba encontrar su lugar, ya que en España la gente sabía quién era. La *memoria*, palabra que aparece en el título de la obra, marca ese deseo de no olvidar lo que aquella gente sufrió por la represión de la del bando ganador y el miedo a hablar.

Por otra parte, *Memoria de la melancolía* no parece inequívocamente una única obra, sino que se ha planteado que la autora escribiese dos autobiografías, aunque ambas se crucen y aparezcan sincrónicamente en la escritura, a la vez: una, su infancia y adolescencia; otra, María Teresa adulta.

En la “primera”, María Teresa se muestra como una niña aún carente de ideales, desvinculada de quien escribe: de ahí que utilice los verbos en tercera persona. María Teresa se desconecta de esa niña que tan poco se parece a la mujer en que se convirtió, llena de ideales. Quiere con ese recurso relatar su historia de manera más impersonal, la niña vive, pero no es consciente aún de lo que vive y crece con las facilidades que su familia le aporta. La niña es preguntona, siempre



espera conocer el porqué de las cosas y anhela vivir como vivieron su madre, su abuela, su tía o su prima. En su casa nunca hubo un reproche por ser mujer, sino que se la alentó a salir a la vida pública. Esa niña creció entendiendo que las mujeres podían estar en casa y ser algo más; de ahí que, a medida que fue creciendo y convirtiéndose en María Teresa León, esta nunca llegó a criticar la faceta doméstica de la mujer, sino que la mayoría no fuese capaz de trascenderla y saltar a la vida pública. Sin embargo, quizá ella pudo hacerlo por su familia y por ser quien era: una mujer con ingentes contactos que le permitieron expresarse con una voz potente como no pudieron hacerlo otras muchas mujeres que nunca tuvieron esa oportunidad.

Por esta razón, la autora cambia el registro —“segunda” autobiografía— en el instante en que el relato llega a momentos más cercanos al presente, adulta y consciente de su recorrido. Cuando en el texto ella siente que es esta mujer, utiliza sistemáticamente la primera persona, se identifica a la escritora con el personaje:

“Vemos, pues, que la narradora se sirve de la tercera persona no solamente para narrar aquellos fragmentos de vida en los cuales se sintió vivir dentro de una imagen culturalmente determinada para la mujer, sino para resaltar que esa identidad, a diferencia de la de su presente autobiográfico, le fue impuesta.” (Blanco, 2005, p. 196)

Hay, por tanto, dos *yoes* en la obra que aportan una información más completa acerca de quién era María Teresa; sobre todo acerca de su psicología y de lo que pensaba sobre ella misma. Se puede decir que vivió obsesionada con su pasado. Por un lado, el de una niña, su primer *yo*, que no quería ser, algo que le había sido impuesto. Por otro lado, la activista, la ama de casa, la escritora, su *yo* construido, con el que sufrió el trauma que le cambió la vida: la guerra. María Teresa perdió su *yo* construido, como se ve en *Memoria de la melancolía*, y siguió muy afectada por el exilio hasta el final de sus días. La verdad es que, viendo la angustia que volcó en los párrafos de su obra, parece que quien quería que volviera era la niña con un texto ágil y alegre,



dinámico, y no tanto la María Teresa adulta.

Su obra se convierte, así, en un libro autobiográfico en el que convergen historiografía y testimonio. Historiografía porque relata acontecimientos históricos; testimonio porque hay mucho de lo personal de la vida de María Teresa. *Memoria de la melancolía* es, como indica Jaime Siles (2003), una obra cuyo valor “resulta múltiple porque su interés y su intención también lo son. No admite, por tanto, una lectura que atienda a uno solo de sus aspectos o significados, sino que exige una interpretación más amplia que dé cuenta de todos sus niveles y sentidos a la vez: del histórico y del estético, del sociológico y del moral” (p. 89). Y esto es así en la medida en que escribir una autobiografía es reconstruir tu propio *yo*, inventar y escribir lo que quieras. Será una información sesgada y que, aparentemente, será veraz. No obstante, ese *discurso contra el olvido* que ella propone, sabe que no puede ser del todo real porque lo que relató en *Memoria de la melancolía* son los *yoes* que no quería olvidar. Por ello, a veces, María Teresa tuvo “miedo” a equivocarse: “todo son palabras y colores dentro de mí que ya no sé muy bien qué representan. Me gusta pensar que invento y no fue así, y lo que descubro, el día de mi muerte lo veré de otro modo, justo en el instante de desvanecerme” (León, 1999, p. 69). Ella misma intenta justificarse con las primeras palabras de su obra, donde da la posibilidad de que no todo lo que cuenta sea real, pero quiere reforzarse a sí misma, y a quien la lea, que, en la historia que cuenta, el *yo* que halló es real:

“[F]ue necesario escribir, hablar de lo que ocurría en España donde se acababa de entregar la joven República del 14 de abril [...] A veces siento que me duelen los labios. Las palabras arden. [...] Soy nada más que una joven española contando lo que de grave y de violento ha ocurrido en un país lejano.” (León, 1999, pp. 231-232)



CONCLUSIONES

Como ha quedado patente, la vida y obra de María Teresa León son una caja de sorpresas que merece la pena abrir. En *Memoria de la melancolía* nos muestra retrospectivamente el movimiento cultural, de corte vanguardista, que se produjo durante el primer tercio del siglo XX en España. En ese contexto tuvo lugar la floración de la “Generación del 27”, integrada no solo por poetas varones, sino por hombres y mujeres —también novelistas, dramaturgos, etc.— que contribuyeron activamente a la constitución de la *Edad de Plata*. En ella participaron especialmente intelectuales y artistas de corte “progresista”, pertenecientes a diversas generaciones históricas, que, en el ámbito específico de las artes, abarcaron todo tipo de expresiones estéticas: pintura, escritura, poesía, teatro y escultura. A este movimiento cultural pertenecieron las *Sinsombrero*, un grupo de mujeres que pretendieron convertir España en un país moderno y heredero del pensamiento ilustrado.

Una lectura detenida de *Memoria de la melancolía* ofrece una visión de la historia reciente escindida por un momento muy traumático en la vida de los españoles, cuyo desarrollo hizo cambiar la percepción que muchos intelectuales de ambos bandos tenían sobre la guerra, basada solo en sus posiciones ideológicas previas. En este sentido, María Teresa mantiene inamovible su juicio previo: el bando bueno era el suyo y toda la realidad relatada pasa por ese tamiz. Así, llevó a cabo una autobiografía escrita en el exilio que puede interpretarse como de ideología compartida por los exiliados republicanos de izquierda, defendiendo la libertad tanto como añoran su patria. María Teresa es una gran autora que expuso su vida para denunciar a través de las letras. Sin embargo, en *Memoria de la melancolía* se ha visto que la memoria es parcial y sesgada (vemos cómo prevalece su posicionamiento republicano de izquierdas frente a cualquier otra consideración), incluso cuando intenta que no sea así. De ahí que estas memorias autobiográficas no puedan identificarse con “la realidad”, pero son auténticas, en tanto



que plasmó el relato que quería contar y para lo que lo quería contar.

En dicho relato, quiso remontarse a las experiencias de la niña y de la adolescente. Este cruce, que no obedece a una planificación, sino a la fluencia de la memoria que “va por donde ella quiere”, le permite hablar de sí misma como un *yo* construido justo antes de que su memoria acabara “desterrada” a causa de la enfermedad. En su imaginario personal, siempre quiso regresar a la patria sobre un “caballo blanco”, pero esto no se produjo: llegó a Madrid en loor de multitudes un 27 de abril de 1977, junto a Alberti, su hija Aitana y su cuidadora (a causa de su enfermedad). Ya no tuvo muchas apariciones públicas más. La propia María Teresa escribía en *Memoria de la melancolía*: “[e]stoy cansada de no saber dónde morirme. Esa es la mayor tristeza del emigrado. ¿Qué tenemos nosotros que ver con los cementerios de los países donde vivimos? Habría que hacer tantas presentaciones de los otros muertos, que no acabaríamos nunca” (1999, p. 97).

Después de los años transcurridos, María Teresa León merece ser recordada como una personalidad importante durante los años de la República, una gran escritora, dejando aparte ideologías si se quiere, a la que rendirle homenaje implica leerla, que para eso escribió. Según Fanny Rubio (2003), *Memoria de la melancolía* “es una obra que, aun accediendo a la Historia de la literatura, permanece sospechosamente bajo sus pliegues, ya que, aun existiendo documentalmente para la Historia de la literatura, no ocupa el lugar prioritario que le corresponde” (p. 111). Esta obra ha de permitir la reconciliación de los nietos con su pasado; un pasado que una *femme de lettres* como María Teresa, culta, quiere mostrar en cada página. Solo reivindicando esta obra podremos evitar recordarla como “la mujer de Alberti”, algo a lo que, por cierto, ella contribuyó notablemente, como se aprecia en estas palabras o en otras que pudieran traerse a colación: “[a]hora yo soy la cola del cometa. Él va delante. Rafael no ha perdido nunca su luz. A veces, él cree que se eclipsa y se enfada con sus pensamientos.” (León, 1999, p. 222)



En definitiva, la lectura de *Memoria de la melancolía* permite entender la azarosa vida de una mujer que luchó durante toda su vida por trascender —sin destruirlo— el ideal de mujer doméstica, que quiso vivir su vida, realizarse, rebelarse contra una sociedad que la podía oprimir si no gritaba, pero que acabó por condenarla al ostracismo. A su voluntad de decir y decidirse por su propia concepción de la escritura como una condena a la que se aferra porque no entiende la vida de otro modo, hasta el punto de que llega a identificar vida y literatura. De ahí que afirmara que escribía “con ansia, sin detenerme, tropiezo pero sigo. Sigo porque es una respiración sin la cual sería capaz de morirme. No establezco diferencias entre vivir y escribir.” (León, 1999, p. 463)



Bibliografía

- Bajtín, M. M. (1989). Las formas de tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos de poética histórica, *En Teoría y estética de la novela* (pp. 237-409). Madrid: Taurus.
- Blanco, A. (2005). *Las voces perdidas: silencio y recuerdo en María Teresa León*. En VV. AA., *María Teresa León: memoria de la hermosura* (pp. 193-201). Madrid: Iberautor.
- Bonatto, A. V. (2018). Nostalgia y nomadismo en María Teresa León. Figuraciones del yo femenino en tres textos del exilio. *HispanismeS*, 12 (2), 188-200.
- Castillo Robles, M.^a J. (2013). *La producción crítica y ensayística de María Teresa León*. Tesis Doctoral. Almería: Universidad de Almería.
- Inestrillas, M.^a M. (2002). *Exilio, memoria y autorrepresentación: la escritura autobiográfica de María Zambrano, María Teresa León y Rosa Chacel*. Disertación. Athens: Universidad de Ohio.
- León, M.^a T. (1999). *Memoria de la melancolía*. Madrid: Clásicos Castalia.
- Santoja Gómez-Agero, G. (Ed.). (2003). *Homenaje a María Teresa León en su centenario*. Madrid: SCEE.
- Torres Nebrera, G. (1987). *La obra literaria de María Teresa León. (Autobiografía, biografías, novelas)*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Torres Nebrera, G. (1996). *Los espacios de la memoria (La obra literaria de María Teresa León)*. Madrid: Ediciones de la Torre.